

La homosexualidad: una mirada histórica desde la poesía

Eduardo Arízaga

Universidad San Francisco de Quito
earizaga@usfq.edu.ec

Recibido: 18 de marzo 2021 / Aprobado: 28 de abril 2021

Resumen

La orientación sexual de los seres humanos ha despertado distintas reacciones a través de su historia, varias veces milenaria; desde la aceptación de esta inclinación normal, basada en estrictas leyes naturales en un extremo, hasta persecuciones inmisericordes, habitualmente impulsadas por diversas religiones. Algunas de ellas han esgrimido como exigencia que la relación sexual tiene como único objetivo natural lograr la concepción. Por lo tanto, cualquier práctica sexual que no tenga esa finalidad deberá ser considerada contra la naturaleza.

Recién a comienzos de siglo XX una concepción franca sobre el sexo estableció que las relaciones sexuales son motivadas para obtener placer, sea cual sea el mecanismo utilizado para lograr ese fin.

Poetas, novelistas y cultores de distintas artes han bregado con valentía a lo largo de los siglos XIX y XX para cambiar la errada concepción sobre la homosexualidad, cuya práctica, hasta hace pocos años, estaba considerada como una enfermedad psiquiátrica.

La poesía se convirtió en un pilar fundamental en esta lucha y los nombres de Walt Whitman, Lord Byron, Oscar Wilde y Federico García Lorca, entre muchos, han quedado grabados en la memoria colectiva como valientes exponentes de una batalla contra la intolerancia ignorante.

Palabras clave: homosexualidad, poesía gay, orientación sexual, relación antinatural, enfermedad psiquiátrica.

Abstract

The sexual orientation of human beings has aroused different reactions throughout its history, several times millenary, from the acceptance of a normal inclination based on strict natural laws at one extreme, to merciless persecutions, usually driven by various religions. Some of them have claimed as a requirement that sexual intercourse has as its only natural objective to achieve conception. Therefore, any sexual practice that does not have that purpose must be considered against nature.

It was not until the beginning of the 20th century that a frank conception of sex established that sexual relations are motivated by pleasure, whatever the mechanism used to achieve that end.

Poets, novelists and artists have bravely fought throughout the 19th and 20th centuries to change the erroneous conception of homosexuality, which until a few years ago was included as a psychiatric disease.

Poetry became a fundamental pillar in this struggle and the names of Walt Whitman, Lord Byron, Oscar Wilde and Federico García Lorca, among many others, have been engraved in the collective memory as brave exponents of a battle against ignorant intolerance.

Keywords: homosexuality, gay poetry, sexual orientation, unnatural relationship, psychiatric illness.

Una mañana de fines del mes de marzo del siglo XIII de nuestra era, la joven núbil Akina se disponía a entrar en el estanque cavado en la roca volcánica, cerca de su aristocrática mansión, que reunía las armonías de las casas rurales japonesas. Era una piscina de agua cristalina que, cantarina y alegre, bajaba desde las montañas cercanas, trayendo en su seno la tibieza de las entrañas del volcán. Bordeaba el idílico lugar una constelación de grandes cerezos en flor que imprimían al agua un leve tinte rosado y exhalaban un muy discreto aroma que podríamos calificar de sensual. Al ingresar a la piscina el agua acarició su cuerpo desnudo y una concupiscencia que venía latiendo desde hace algunas semanas en que su familia decidió que pronto se casaría con el joven Akiro, se desbordó en pocos segundos. Con fruición buscó anhelante un chorro de agua más caliente que emergía de la pared del estanque. Era una obra de ingeniería hidráulica muy ingeniosa que traía del interior de la tierra agua más caliente y que irrumpía con fuerza en la cuenca labrada en la roca. Al inicio recibió el impacto acariciador en sus senos y gozó sintiendo su opresivo abrazo ardiente. Luego se recostó boca arriba y empezó a flotar en dirección al deseado chorro, abrió sus piernas y la fuerza del agua estimulaba, acariciaba, besaba su intimidad. Luego de varios minutos sintió que su corazón latía más a prisa, una turgencia deliciosa invadió su sexo y de repente sintió un gozo que lo alargó por varios segundos ayudado por sus ansiosas manos que refregaban con intensidad su vulva.

En los instantes siguientes sintió la presencia de Aneko, que se acercó a la virginal joven. Estaba desnuda y si bien su cuerpo era muy hermoso y voluptuoso, ya se apreciaban los signos de una o dos maternidades anteriores. Con la destreza y sabiduría varias veces centenaria en las artes amatorias, inició un trabajo muy concienzudo en el cuerpo de su pupila. Le enseñó a descubrir sus zonas erógenas, tan diferentes en cada mujer, la guio en el manejo apropiado de la boca y de las manos, y cuando la maestra sintió que la joven estuvo lista para una nueva sesión de placeres gigantescos salieron del estanque y se recostaron en cómodas pieles colocadas sobre la hierba. Le recordó el uso de manos, dedos y boca, y luego le enseñó el complejo arte de unir sus sexos femeninos, la cadencia de los movimientos que las caderas imprimen a la pelvis y cuando sentía que se acercaba una nueva explosión de placer, se refrenaba para volver a iniciar los espasmódicos movimientos, al inicio lentos y luego cada vez más rápidos. Así, le enseñó a esperar, a detenerse en el momento adecuado para reiniciar la búsqueda del estallido neuroquímico que invadiría su cerebro llenándola de un placer que las palabras no alcanzan a expresar en su real dimensión. En cerca de tres horas, mientras avanzaba la mañana y el sol calentaba un poco más, Aneko logró obtener para ambas seis a siete orgasmos colosales.

Akina, que significa flor primaveral, sorprendida preguntó a Aneko, que era una suerte de hermana mayor, cómo había aprendido tales artes que pudo transmitirle con tanta sabiduría en pocas horas. La respuesta de la experta mujer fue clara, concisa y concluyente: solamente una mujer puede enseñar a otra a descu-

brir los secretos lujuriosos de su cuerpo. Y le dijo: «ahora estás lista para contraer matrimonio con Akiro».

Al otro lado de la montaña un adusto, sobrio y estoico samurái, de nombre Dai, que significa venerable, esperaba con plácida calma a su ahijado Akiro, chico brillante, a quién debía iniciarle en las artes del sexo. Las costumbres milenarias en Japón incluían que un hombre mayor, respetado y sabio enseñe estos secretos aprendidos a lo largo de su vida, a través del homoerotismo, a los efebos en edad de casarse.

Estas costumbres fueron perseguidas, anatemizadas y abolidas con la llegada de los misioneros jesuitas, quienes en el siglo XVI arribaron a Edo, durante el tercero y último shogunato. El hermano espiritual de Ignacio de Loyola, San Francisco Javier fue el impulsor del cristianismo en el Japón, donde arribó junto a otros misioneros en el año de 1549. El destino de los católicos en las décadas y siglos siguientes fue dramático por la persecución y asesinato de decenas de miles de conversos al catolicismo. Sin embargo, ya quedó el germen latente de perseguir varias veces las manifestaciones sexuales milenarias de la cultura japonesa.

En el año de 1853, arribó a la bahía de Edo (actual Tokyo) el comodoro estadounidense Perry y así se inició la occidentalización del Japón y la paulatina desaparición de las costumbres milenarias, entre ellas las de iniciación sexual de núbiles y efebos. La masturbación, indispensable para que hombres y mujeres conozcan su cuerpo, la homosexualidad y la bisexualidad pasaron a ser prácticas proscritas.

En el Occidente, muchos siglos antes, en la Grecia clásica, las costumbres eran más o menos parecidas, pero con mucho mayor dedicación a los jóvenes. El papel de las mujeres en la sexualidad no recibía la atención que se observaba en el extremo Oriente.

Los aristócratas adultos de la muy renombrada democracia griega, interesante cinismo con el que se denominaba a un sistema que poseía decenas de miles de esclavos al servicio de los políticos atenienses, tenían un papel preponderante en la educación sexual de los efebos, jóvenes que alcanzaban la madurez sexual para contraer matrimonio. A través de relaciones homoeróticas se les instruía sobre las artes amatorias. Si bien la historia dice que Sócrates fue conminado al suicidio por perturbar la mente de los jóvenes alentando las relaciones homosexuales, en realidad la acusación principal se basaba en que había propuesto nuevos dioses. Sin embargo, sabemos a ciencia cierta, que ninguna de las acusaciones tenía base certera y que Sócrates fue sentenciado por una conspiración de sus enemigos. Gracias a Platón conocemos el pensamiento filosófico de Sócrates y hay que recordar que Aristóteles fue discípulo de este último. Este hombre, considerado la mente más brillante de la antigüedad, tuvo a su cargo el educar desde la niñez al ser humano más trascendente del mundo antiguo. Fue el preceptor de Alejandro, el valeroso guerrero que emergió del pequeño reino de Macedonia y se convirtió en el dueño del destino de todo el mundo de la época. Su principal tarea fue vengar los siglos de humillación que los poderosos persas habían infringido a los griegos y luego llevar la cultura, los

principios filosóficos, el arte y las costumbres a un gigantesco imperio que ocupaba Grecia, Egipto, donde fabricó la ciudad más perfecta que podía imaginar un urbanista: Alejandría, que lindaba al norte con el Mediterráneo y hacia el oriente con el río Nilo. El Asia Menor, la mítica Babilonia y las lejanas tierras del fin del mundo en la India fueron incorporadas a su Imperio. Y tuvo la sabiduría de nunca destruir las tierras ocupadas, sino más bien llevar las costumbres griegas y asimilar lo positivo de cada pueblo. Su vida estuvo llena de esposas que eran princesas de distintos reinos, y así afianzaba su presencia, y múltiples amantes masculinos. En el mundo antiguo no había el concepto de homosexualidad. Por un lado, el individuo se enamoraba y apasionaba por la bello, no importaba el sexo, y por otro, era muy común que una persona adulta, hombre o mujer, tenga amantes jóvenes.

Cuando Roma invadió la Grecia helénica al mando de Julio César, que tenía en la ciudad de Alejandría su capital regida por los faraones y luego fue cimentada la ocupación por los emperadores a partir de Augusto, se imbuyeron de las costumbres griegas, entre ellas las relacionadas con la sexualidad, que exhibía altas dosis de tolerancia ante las diversas manifestaciones eróticas de sus habitantes.

Hice hace algunos años una excursión a Pompeya, la ciudad sepultada por el Vesubio junto a Herculano. En el año 79 de nuestra era se produjo una poderosa explosión que literalmente destruyó el vértice del volcán y vertió toneladas de lapilli, la lava ardiente, sobre las ciudades, enterrándolas durante casi 1800 años. Los detalles del brutal evento los conocemos de primera mano por Plinio el Joven, que esos días se encontraba en la mítica isla de Capri. Desde este palco de horror contempló la explosión y fue testigo de cómo ambas ciudades quedaron sepultadas por la lava ardiente. Su tío, Plinio el Viejo murió víctima de la furia de la naturaleza a la que dedicó su estudio a lo largo de su vida. En el siglo XVIII se logró identificar el sitio en que se encontraban las ciudades sepultadas y se iniciaron las labores de rescate. Al descubrirlas se pudo establecer múltiples aspectos de las costumbres de la ciudad de Pompeya porque la vida se detuvo en un instante. Una bocanada monstruosa de gas venenoso la cubrió y mató en pocos segundos a sus habitantes, minutos antes de que los enterrara la lava ígnea.

Ahora, están descubiertas las calles adoquinadas con piedras originales, varios templos muestran el esplendor que alcanzó la ciudad y en una de las avenidas principales descubrí unas baldosas de cerámica bellamente pintadas con colores vivos, que invitan al paseante a seguirlas. Después de recorrer varias cuadras por ellas se llega a una calle en donde se encuentra uno de los principales lupanares del lugar. Una estatua del dios Príamo, adornado con dos grandes falos, invita al visitante a subir al segundo piso. Un largo corredor divide la edificación en dos mitades. A cada lado hay varias habitaciones y sobre el umbral de la puerta se oferta la especialidad del anfitrión a través de bellas imágenes eróticas con colores que han permanecido inalterables por dos mil años. Hay estampas de parejas heterosexuales donde se proponen distintas posiciones en cada una de las habitaciones y alternan sin ambages con

escenas eróticas muy explícitas de relaciones entre hombres o entre mujeres, como algo muy natural. En las afueras de la ciudad-museo hay un palacio muy elegante y en su interior encontré un friso de colores muy bien conservados, de varios metros de largo, que representa la iniciación dionisiaca de una doncella. Varias mujeres le enseñan las artes amatorias lésbicas y al final se enfrenta al sexo del dios y empieza a examinarlo con lasciva curiosidad. La ciudad, al detenerse la vida en un instante, es un libro abierto para el estudio de las costumbres de la época.

La influencia de las costumbres griegas en la cultura romana, entre ellas las relacionadas con la tolerancia hacia las diversas expresiones de la sexualidad, se mantuvo hasta cuando el cristianismo se entronizó en el imperio gracias al edicto de Nicea, del año 325, de Constantino, que eliminó el variopinto panteón greco-romano e instauró el cristianismo como la única religión.

En los siglos siguientes la Iglesia extremó el desprecio a lo carnal y enalteció el culto al alma: esa inasible región etérea que los humanos creen poseer. Las cosas llegaron a extremos tan bárbaros que, por ejemplo, el más preclaro doctor de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, estableció que las relaciones sexuales entre parejas de esposos debían ser consideradas como un pecado venial, porque de todas maneras, el consumir el acto carnal, entrañaba concupiscencia que ofendía a dios. Esto era tolerado por el señor porque favorecía la procreación y así se aseguraba un nuevo siervo para su servicio. Todo atisbo de homosexualidad fue perseguido con crueldad. En los siglos siguientes la desdichada humanidad sufrió brutalmente ante cualquier desviación en la orientación e identidad sexual. Un monje desvariado decidió nunca más bañarse para no ofender a dios con su desnudez, proeza por la que fue santificado y elevado a los altares. Muchos siglos más tarde, ya en nuestra época, el Vaticano inició una batida contra una infinidad de santos que no cumplían con las nuevas regulaciones y estos fueron borrados de la lista. Sin embargo, tan poderosa era la Iglesia que hace pocas décadas la madre de un compañero de mi facultad no se bañaba desnuda por respeto a dios.

Hace pocos años emprendí una excursión muy esclarecedora, que tuvo a Massachusetts como escenario. Un pequeño pueblo enclavado en la ruralidad de New England, de nombre Concord, exhibe varios tesoros para mostrar a sus habitantes. Desde el punto de vista patriótico un puñado de granjeros tomó a la fuerza un puente y lo quemó y eso constituyó el primer evento que marcó el inicio de la revolución de los colonos americanos contra el imperialismo y colonialismo inglés en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero tiene muchas otras joyas que mostrar, como, por ejemplo, la casa en la que vivió Louise May Alcott, la residencia de Ralph Waldo Emerson y el bosque que rodea el lago Walden Pond, donde Henry Thoreau vivió en extremo aislamiento dos años, dos meses y dos días para demostrar que era posible la vida en armonía con la naturaleza. Ellos fueron los paladines de un nuevo estilo de vida, menos dominado por los rigores del puritanismo y más bien preconizaban el regreso a una vida simple. Fueron abolicionistas, antiesclavistas y los puntales de la cultura norteamericana.

En el otoño el bosque se tiñe de todo el abanico de colores que van desde el fucsia al amarillo, pasando por rojos, rosados, carmines, anaranjados, es decir, una sinfonía de colores que produce en el visitante múltiples sensaciones. Inmersos en este enclave estos personajes se reunían para señalar cada uno sus creencias, mostrar el avance de sus obras literarias y leer alguna novedad editorial que apareciera en esos años por Estados Unidos. Un día de 1855, Ralph Waldo Emerson llegó excitado para reunirse con sus amigos. Un desconocido autor llamado Walt Whitman le envió un pequeño libro con apenas 12 poemas y ahí el poeta filósofo encontró en el poemario de Whitman múltiples cualidades enaltecidas, como, por ejemplo, hablar en primera persona de sí mismo, contar sus experiencias y sensaciones más íntimas, expresar sin ambages su inclinación sexual por los hombres, descrita a través de un homoerotismo que nunca nadie se había atrevido a decirlo tan frontalmente. Suponemos que Emerson sintió que su pasado emergió, que 30 años antes un joven compañero de clases despertó en él una pasión amorosa que lo consumía, pero que logró algún día dominarla. Su vida, labrada a través de privaciones sexuales, de establecer familia con esposa e hijos, de crearse un estatus social convencional sufrió un duro golpe. De manera inmediata anunció al mundo de la época que había nacido un gran poeta y este espaldarazo dado por Emerson fue crucial para que *Hojas de hierba*, doce poemas de Walt Whitman, logre un éxito enorme. Al año siguiente publicó una nueva edición, añadiendo más poesía pura, íntima, franca, erótica, desenfadada.

En total hizo diez ediciones hasta 1897, esta última póstuma, reuniendo 400 poemas y así se convirtió en una leyenda. En «Canto a mí mismo», parte de *Hojas de hierba* el poeta explica en detalle sus relaciones con un hombre fornido y hermoso.

Al describir con franqueza sus emociones, *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, influyó en la conciencia de la época para advertir a las sociedades humanas que existía un segmento poblacional, hombres o mujeres, que sentía atracción sexual por alguien de su mismo sexo.

Al otro lado del Atlántico la poesía intentó abrirse campo en el severo puritanismo inglés que la reina Victoria había fabricado con perversa dureza, que incluía hasta pena de muerte para los homosexuales. Si bien la asfixiante opresión sobre las costumbres sexuales era muy estricta, la intensidad de estas pasiones buscaba ingeniosas maneras de expresarse, lo que dio nacimiento a la muy celebrada hipocresía victoriana en que, bajo la mesa, encerrados en el secreto de las alcobas, la concupiscencia se abría paso.

Unas pocas décadas atrás, antes del inicio de la era victoriana, un joven lord inglés había transgredido todas las reglas que la moral anglicana exigía a los habitantes de las islas británicas. George Gordon Anson, el sexto Lord Byron, vivió a vista e impaciencia de la corte todas las formas de expresión sexual. Sedujo a varias jovencitas a las que deshonoró, conquistó a muchas mujeres casadas a las que luego abandonó, tuvo romances escandalosos con hombres de distinta catadura y cerró

con broche de oro sus excesos al vivir abiertamente su amor con su hermana Augusta, que le dio una hija a la que llamó Medora. Este evento enervó a la sociedad londinense y el joven poeta se vio forzado a dejar Inglaterra. Inició en 1816 unos viajes emocionantes por el mundo europeo y nunca más volvió a su tierra. Un día lo encontramos llevando una vida extravagante en los alrededores del lago Lemán, cerca de Ginebra, envuelto en aventuras intelectuales de las que emergieron entre otras la obra medular de Mary Shelley, esposa del poeta Percy Bishop Shelley. En efecto, Lord Byron invitó a su grupo de amigos a que en una noche planteen un libro que tenga el horror como tema principal. Y así nació *Frankenstein* de la joven Mary, *El vampiro* de Polidori y *El prisionero de Chillon* de Byron.

Se interesó por todos los desdichados, oprimidos y desheredados de esta tierra. Recibió a los generales enviados por Bolívar que buscaban recursos para las guerras de independencia americana e inmediatamente dio su aporte. En sus viajes por Italia llevó una vida disoluta, convirtió su palacio de Venecia en un harén y mantuvo relaciones sexuales con hombres y mujeres por igual y arremetió contra el papa. En Grecia llevó a cabo uno de sus máximos logros: participó en las guerras de independencia contra los invasores turcos, aventura que terminó en tragedia: enfermó gravemente y murió en un miserable enclave griego, en Misolongui. Ahora es considerado un héroe de la independencia de Grecia.

Los años fuera de Inglaterra, desde 1816 hasta su prematura muerte en 1824, fueron los más prolíficos para su poesía en la que incluyó muchos aspectos autobiográficos homosexuales. *Don Juan*, *Las peregrinaciones de Childe Harold* o *El corsario* son aventuras poéticas encarnadas por él mismo.

Varias décadas más tarde la misma Inglaterra se vio agitada por la presencia de un hombre de una valentía a prueba de fuego: Oscar Wilde, el poeta, novelista, autor de cuentos y ensayos más preclaro del siglo XIX británico.

Fue un hombre de cultura superior, dueño de múltiples y disímiles cualidades: fue capaz de escribir *El príncipe feliz* o *El ruiseñor y la rosa* y hacer llorar y suspirar a varias generaciones desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días por la dulzura y sensibilidad exquisita de sus cuentos. Fue dueño de una ironía que lindaba con la crueldad a través de sus obras de teatro como «La importancia de llamarse Ernesto», en que desnuda con precisión de cirujano los débiles principios de la era victoriana, inundada de hipocresía, pero también escribió un manual de la perversión humana en *El retrato de Dorian Grey*. Su poema «Balada de la cárcel de Reading», a más de mostrar el horror de estar encarcelado, refleja la otra cara de la historia: los sentimientos que rodean al culpable de un crimen un poco antes de ser ejecutado, que no tiene esperanza en la piedad de los hombres y aspira a una misericordia divina. Y su poema medular, trágico, grito de desesperanza por un amor que se desvanece. «De profundis» es un canto de amor desesperado por su amante, lord Alfred Douglas, quien ha olvidado a Wilde a pesar de que el sacrificó todo por esta relación.

El juez que afrontó el caso le imploraba que únicamente niegue las acusaciones de sodomía y él le dejaba libre. Pero eso significaba renegar de un amor puro y desconocer su orientación sexual. Con valor audaz aceptó las acusaciones y fue condenado a dos años de prisión en la cárcel de Reading, sometido a trabajos forzados. Esta experiencia destruyó física y anímicamente a este hombre de extrema delicadeza y sensibilidad y cuando salió libre solo le sirvió para ir a morir fuera de su patria, solitario, arruinado económicamente y sometido al escarnio social británico. Sin embargo, su sacrificio no fue en vano. Su valiente cruzada fue crucial para que la rígida sociedad occidental dominada por las diferentes religiones cristianas iniciara un largo y penoso camino para incluir tolerancia entre los seres humanos, cambio en las leyes para que nunca más la orientación homosexual o de identidad de género sea considerada un crimen y, por último, para que se saque esta orientación de la lista de las enfermedades psiquiátricas. Lo vergonzoso para los humanos es que ambos cambios, leyes y considerar una enfermedad la diferencia, recién se plasmaron hace menos de 20 años.

A inicios de la década de los noventa del siglo XIX, Oscar Wilde hizo un viaje de trascendente importancia por el norte de África. En una ciudad argelina se encontró con André Gide, el joven escritor francés homosexual que no se había atrevido aún a expresar abiertamente su condición. Con Wilde recorrieron lugares clandestinos y mantuvieron relaciones sexuales con adolescentes árabes. Al regresar a su patria Gide tenía claro su papel en la batalla por vencer la intolerancia contra la homosexualidad. Las iglesias cristianas habían proclamado que la relación sexual tiene como fin natural lograr la procreación y que cualquier otra experiencia era antinatural, contranatura. Gide expuso de manera simple y demoledora que la relación sexual tiene como único objeto experimentar placer y que, por lo tanto, ninguna forma de obtenerlo debía considerarse antinatural. Este fue un paso muy importante y dio argumentos a otros pensadores a expresarse con frontalidad. Planteó que el homosexual no era un tercer sexo, ni era descendiente de los sobrevivientes de Sodoma y Gomorra, como proponía Marcel Proust, en *En busca del tiempo perdido*, también homosexual. La idea que tiene en mente Gide es de normalidad, la homosexualidad como una parte integrante de la dinámica de la especie humana, más bien como un momento de excelencia, por lo que su punto de referencia es el mundo greco-romano. En *Corydon*, a través de diálogos socráticos, Gide plantea la absoluta normalidad de la tendencia homosexual, algo que 100 años más tarde la neurociencia lo confirmaría.

En esos mismos años, en los albores del siglo XX, cuando la Primera Guerra Mundial y la gripe española se habían ya llevado al otro mundo más de 70 millones de personas, hubo un encuentro mágico en la residencia universitaria de Madrid. En efecto, entre los años de 1919 y 1926 se formó una férrea amistad entre tres jóvenes: Luis Buñuel, Salvador Dalí y Federico García Lorca, todos ellos de distintos lares. Confluyeron en esta casa de estudio y labraron una amistad profunda. Conocieron de cerca a Albert Einstein, Marie Curie y John Maynard Keynes. El ilustre eco-

nomista, por décadas profesor de Cambridge, deslumbró al grupo de estudiantes españoles y de sus labios escucharon los ideales culturales que animaban al grupo de Bloomsbury, entre los cuales se encontraban una joven mujer, Virginia Woolf, que escribía poesía lésbica con total desenfado.

Si hacemos una corta visita a nuestro país, al Ecuador de 1919, Medardo Ángel Silva, un joven poeta que se había nutrido del veneno vitriólico de los poetas malditos Charles Baudelaire, Paul Verlaine y Arthur Rimbaud, escribió «El ingrato».

Tú, que en la universal carnestolenda
ostentas, bajo el rostro sonreído,
mal pensamiento y corazón podrido:
ven, descansa a la sombra de mi tienda;

alégrate, sonríe, ten mi ofrenda
de frescas pomas; sacia en mi florido
huerto la sed del labio consumido
por el cansancio de la dura senda.

Bien sé que reposada tu fatiga
en silencio te irás, y tu enemiga
mano mi copa colmará de hieles.

Mas, a despecho de iras enviDiosas,
siempre tendrán mi pensamiento, rosas;
mis labios, rimas, y mis rimas, mieles.

García Lorca era dueño de una personalidad flamígera, era un huracán de sentimientos y tenía el verso, la música y el canto afinado en su ser. Desarrolló una pasión enorme por Salvador Dalí, un joven excéntrico y lleno de temores. Entre estos, una fobia extrema a las relaciones sexuales por miedo a adquirir las temibles enfermedades de transmisión sexual. La sífilis, en sus etapas tardías, destruía inclemente el cerebro de los afectados y los despeñaba en las simas profundas de la demencia. Al no haber curación en esa época, la enfermedad generaba enormes miedos. No sabemos si Dalí sentía lo mismo por Federico, pero un día le confesó a Buñuel que «Federico había intentado dos veces darle por el culo, pero que le había invadido el miedo» y no cedió a los ruegos del fogoso granadino. A cambio se convirtió en un cultor del voyerismo y luego en el mimado del movimiento surrealista.

García Lorca hizo un viaje fundamental hacia los Estados Unidos. Allí su sexualidad se desbordó, se zambulló a fondo en *Hojas de hierba*. Su regreso a tierras granadinas por Cuba marcó de manera definitiva su orientación sexual. Mil aventuras homosexuales, paisajes deslumbrantes, las playas, la música, el colorido, la alegría

hicieron un trabajo complejo en su interior y al llegar a España escribió pletórico de sexualidad la *Oda a Walt Whitman*.

Aquí un pequeño fragmento:

A el East River y el Bronx
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser el río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;
anciano hermoso como la niebla
que gemías igual que un pájaro
con el sexo atravesado por una aguja,
enemigo del sátiro,
enemigo de la vida
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.
Ni un solo momento, hermosura viril
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
soñabas ser un río y dormir como un río
con aquel camarada que pondría en tu pecho
un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.
Duerme, no queda nada.
Una danza de muros agita las praderas
y América se anega de máquinas y llanto.
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda
quite flores y letras del arco donde duermes

y un niño negro anuncie a los blancos del oro
la llegada del reino de la espiga.

Sin embargo, el siglo xx aún vería horrores inimaginables. Al regreso de América Federico García Lorca entrega de lleno su fervor a la causa de la Segunda República y en el año 1936 se cierne sobre España el espanto. La Guerra Civil con 1 millón de muertos, entre ellos el extraordinario poeta, que fue secuestrado, torturado y asesinado por los franquistas. Lo que vino después ya es historia reciente.

En Ecuador podemos señalar un momento medular: Pablo Palacio escribió el cuento *Un hombre muerto a puntapiés*, demostrativo de la intolerancia de un ciudadano común.

Roy Sigüenza el poeta más visible del momento actual escribió:

La hierba del cielo (2000)

Abrazaderos

Ante todos te tendí mis brazos
Nadie, o pocos, habrían deseado
ser testigos de este hecho:
dos hombres que se abrazan
en la plaza pública, queriendo
desaparecer el uno en brazos del otro.

Vive en plácida armonía con el bello entorno de Portovelo, al pie del río Amarillo, entre chilalos y una que otra pepita de oro que aún arrastra desde las montañas el mítico río zarumeño.

Referencias

- Buñuel L. (1982). *Mi último suspiro* (Memorias). Plaza & Janés.
- García Lorca F. (2019). *Obras completas*. Fundación José Antonio de Castro,
- Gide A. (1963). *Corydon, sobre el amor que no puede decir su nombre*. Editorial Clásica.
- Maurois A. (1961). *Lord Byron*. Colección Crisol. Aguilar Editorial.
- Montesinos T. (2019). *El Dios más poderoso. Vida de Walt Whitman*. Editorial Planeta.
- Sigüenza R. (2020). 30 años de escribir desde la periferia. *Diario El Comercio*. Quito.
- Silva M. A. (2004). *Obras completas*. Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil.
- Whitman W. (1956). *Hojas de hierba* (2.^a ed.). Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Wilde O. (1972). *Obras completas*. Aguilar Editorial.